

Entre la Filología y la Historia.

Memoria de Diego Catalán Menéndez-Pidal (1928-2008)

por INÉS FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ

NACIÓ DIEGO Catalán el 16 de septiembre de 1928 en el seno de una familia fuera de lo común. Su abuelo materno fue Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), uno de los intelectuales más importantes del siglo xx español y autor de una obra ingente con enorme influencia sobre el pensamiento y los métodos de trabajo de varias generaciones de historiadores y filólogos españoles. Diego fue el único hijo de Jimena Menéndez-Pidal Goyri (1901-1990) y de Miguel Catalán Sañudo (1894-1957), físico brillante cuyos descubrimientos en el campo de la espectrografía merecieron el reconocimiento de la comunidad científica internacional –sirva de muestra que en 1970 la Unión Astrofísica Internacional acordó dar su nombre a un cráter de la Luna en memoria de sus contribuciones–. Su madre Jimena, profesora del Instituto-Escuela antes de la guerra civil, dedicó toda su vida a la enseñanza. En 1940 fue co-fundadora del colegio Estudio, centro que procuró continuar durante el franquismo la línea pedagógica iniciada por la Institución Libre de Enseñanza y que surgió, entre otras razones, de la perentoria necesidad de educar a su hijo Diego y a otros niños de familias amigas en la España de la recién iniciada posguerra. En ese proyecto Jimena continuaba las prácticas pedagógicas puestas en práctica en Segovia, donde toda

la familia Menéndez Pidal, con la excepción de Ramón, tuvo que permanecer hasta el final de la guerra tras haber quedado allí atrapada por el alzamiento de 1936. Esos años de exilio segoviano, pese a su dureza, siempre fueron evocados por Diego con gran intensidad y más de una vez pudimos oírle decir: «a mí me salvaron [de ser un niño consentido y malogrado] la guerra y Segovia». Con motivo de un emocionado homenaje a Jimena celebrado en 2001 en la Residencia de Estudiantes, Diego escribió un hermoso texto en que describe esa época:

«El caso es que la Guerra Civil y la posguerra fueron determinantes en que toda mi educación, de los ocho a los quince años, hasta llegar a la desertizada universidad de los años cuarenta, quedara exclusivamente en manos de mi familia... [Jimena] refugiada ahora en Segovia, tras huir de la zona de combate en las faldas del Alto de León, con su familia empobrecida, sin libros ni posibilidades de tenerlos, rodeada de un vacío cultural extremo, contando sólo con su vocación de enseñanza intacta y con un alumno singular de ocho años en quien invertirla, se volcó durante los años de la guerra civil en crear para mí una escuela mínima, con tres profesores –ella, mi padre y mi abuela– y uno, dos, hasta tres compañeros –más o menos ocasionales– de clase, que no de aula, y si ampliamos la imagen habitual, de laboratorio»¹.

Acabada la guerra, Diego formó, con un solo compañero, la primera promoción del Colegio Estudio, donde cursó los cuatro últimos años del bachillerato y donde pudo disfrutar del magisterio directo de su padre y de su madre. Finalizada esa etapa, Diego Catalán optó por los estudios de Filología Románica en la Universidad Complutense de Madrid (1944-49). En esa opción fue determinante la influencia de su abuelo, Ramón Menéndez Pidal, con el que tuvo intenso contacto en esos años de formación. Depurado tras la guerra y retirado en su casa del Olivar de Chamartín, Menéndez Pidal se vio obligado a trabajar en solitario, privado de los medios de que había dispuesto en el Centro de Estudios Históricos. «Yo tuve la suerte de trabajar con él en la posguerra, cuando

¹ DIEGO CATALÁN, «Memoria de Jimena Menéndez-Pidal», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 44 (2001), págs.129-133.

era difícil recibir una formación dado el aislamiento cultural y físico en que España se desenvolvía. Estuve muy vinculado a mi abuelo», declaró Diego Catalán (entrevista en *La Revista de El Mundo*, 21 de diciembre de 1997). Esa vinculación en su temprana etapa formativa y en la universitaria dejó una fuerte impronta en sus intereses y es la que explica que Diego continuara trabajando durante cerca de sesenta años en las líneas de investigación iniciadas por su abuelo: la historia de la lengua y la dialectología, la literatura de transmisión oral —la épica y el romancero— y la historiografía medieval. Heredero de ese proyecto de investigación, Diego supo continuar el legado, renovarlo críticamente y convertirlo en un modelo de los resultados que el esfuerzo continuado de una familia de científicos e intelectuales, a lo largo de más de un siglo, puede ofrecer.

Tras terminar los estudios de Filología Románica con sólo veinte años en 1949, Diego Catalán preparó su tesis bajo la dirección de Rafael Lapesa sobre la *Crónica de Alfonso XI. Una redacción amplia desconocida*, que defendió en 1951 (y que obtuvo el Premio Extraordinario en 1952). De ella saldrían los libros *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto, estilo* (1953) y *Un prosista anónimo del siglo XIV (La Gran Crónica de Alfonso XI. Hallazgo, estilo, reconstrucción)* (1955). Aunque su interés por la historiografía sobre Alfonso XI surgió a partir del estudio de un romance histórico, *El Prior de San Juan*², la elección como tema de tesis de un texto cronístico (y no de una tradición poética o un tema de carácter lingüístico) creo que debe estimarse como prueba de la existencia en él de un interés decidido por la Historia, vocación tan poderosa al menos como la que sintió por la Filología, y, desde luego, mucho mayor que la que sintió por la Lingüística, disciplina cuyo cultivo abandonó por completo desde mediados de los años setenta. Ese interés por la Historia (una vez me confió que en realidad hubiera querido estudiar Historia,

² Según él mismo explica en su introducción a la *Gran crónica de Alfonso XI*, Madrid (Gredos), 1977, págs. 7-8.

y no Filología) impregna las tres líneas de investigación fundamentales a las que dedicó su atención, antes citadas, y explica que en su persona se reúnan de forma totalmente inusual los conocimientos de un sabio historiador y los de un experto filólogo. La Historia como vía necesaria para la comprensión de los textos o de los comportamientos lingüísticos (y de la vida) y la Filología como herramienta imprescindible para la reconstrucción histórica son principios constantes que operan activamente en gran parte de su obra. La elección de un tema historiográfico para su tesis creo que cobra aún más relieve si se sopesa que durante los años de formación universitaria previa al doctorado (1944-49) las investigaciones en que trabajó, tutelado por las sabias guías de su abuelo y de Rafael Lapesa, fueron de carácter lingüístico (estudio del diminutivo en la toponimia, el límite de *f*- > *h*- en el oriente de Asturias y noreste de León, reelaboración de *El dialecto leonés* de Menéndez Pidal, índices de las voces estudiadas en *Orígenes del español*) o estuvieron dedicadas al romancero (cartografía romancística, encuestas de campo de romances tradicionales, reelaboración de los estudios de romances de tema histórico de Menéndez Pidal), pero no a las crónicas:

«En los primeros años de Universidad sólo un par de profesores me proporcionaron algunos conocimientos de interés [...] En medio de la decepción de lo que podía recibir en los cursos universitarios, comencé, por invitación de mi abuelo, Ramón Menéndez Pidal, a manejar en casa, junto a materiales de interés lingüístico, otros pertenecientes a su archivo sobre el Romancero»³.

Mientras preparaba su tesis e inmediatamente después de defenderla, Diego inició su trayectoria docente como ayudante en la cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española que regentaba Rafael Lapesa en la Universidad Complutense (1949-51, 1952-54), actividad que simultaneó

³ *El Archivo del Romancero, Patrimonio de la Humanidad –Historia documentada de un siglo de historia–*, 2 tomos, Madrid (Fundación Ramón Menéndez Pidal – Seminario Menéndez Pidal, Univ. Complutense), MMI, pág. 262.

esos años con la de profesor del Colegio Estudio. Tras presentar la tesis, pasó un curso como lector de español en la Universidad de Edimburgo (1951-52) y, dos años después, obtuvo la Cátedra de Gramática Histórica de la Universidad de La Laguna, cuya titularidad mantuvo por diez años (1954-64). Sin embargo, de esos diez cursos académicos, ya cuatro transcurrieron como profesor visitante en varias universidades extranjeras (University of California-Berkeley, 1956-57, University of Wisconsin-Madison, 1960-62, Universität Bonn 1963-64), situación que se consolidó definitivamente a partir de 1965 (University of California-Berkeley, 1965-67, University of Wisconsin-Madison, 1967-70, University of California-San Diego, 1970-88). Diego Catalán no volvió a regentar una cátedra en España hasta 1981, en la Universidad Autónoma de Madrid, de la que se jubiló en 1998. En el *Archivo del romancero* expresa los motivos de esa emigración:

«Aunque durante el quinto año de estancia en Tenerife (noveno como catedrático de la Universidad de La Laguna) se me había desarrollado el imperioso deseo de escapar de las consecuencias del insularismo mental que la isla propiciaba, no consideraba aceptable entrar en la Universidad de Madrid por “méritos” ajenos (heredados y no propios), así es que me había formado el propósito de abandonar asimismo, por largo tiempo, la España cerrada y sin horizontes en que me había tocado crecer. El “nacionalismo”, incluso en lo cultural, me parecía intelectualmente castrante y moralmente inaceptable en el mundo de la pos-guerra de la Segunda Guerra Mundial»⁴.

Fue en esa época de California cuando surgió la amistad con Carlos Blanco Aguinaga y con Claudio Guillén, con quien mantuvo grato contacto hasta el final. Sólo después de la muerte de Franco, en 1976, consideró la posibilidad de regresar a España y, tras el intento infructuoso de suceder a Rafael Lapesa en su cátedra de la Universidad Complutense en 1979, se incorporó a la Universidad Autónoma de Madrid.

⁴ *Archivo del Romancero*, pág. 386, n. 171.

Para aquel entonces, 1981, Diego Catalán contaba con el total reconocimiento del *establishment* académico norteamericano, que, a diferencia del español, siempre reconoció la excelencia de su trabajo y apoyó sus investigaciones: había sido elegido miembro correspondiente de la Hispanic Society of America (1968), de la Medieval Academy of America (1976) y de la American Academy of Arts and Sciences (1978), honor que entonces sólo había merecido otro español, José Antonio Maravall. Había organizado y dirigido dos centros de investigación, el Center for Iberian and Latin American Studies (o CILAS) de la Universidad de California (1976-81) y la Cátedra-Seminario Menéndez Pidal de la Universidad Complutense de Madrid (1965-81), como Director de Investigaciones. Y había liderado numerosos proyectos de investigación financiados en convocatorias públicas de Estados Unidos y España, y formado equipos de trabajo inter-continetales, aspectos ambos casi inéditos entonces en las Humanidades españolas.

Pero el hecho de que Diego Catalán formase parte de la plantilla de esas prestigiosas universidades norteamericanas nunca implicó que se desligase de los proyectos de investigación procedentes del desmantelado Centro de Estudios Históricos ni de la pálida continuación institucional con que el régimen de Franco quiso apoyar la prolongación de las investigaciones de Menéndez Pidal, una vez retirado a su casa del Olivar de Chamartín tras la guerra. Primero como Seminario Menéndez Pidal (1954-1965), luego como Cátedra-Seminario Menéndez Pidal (1965-1981) y, finalmente, tras la reincorporación de Catalán a la universidad española, como Instituto Universitario Interfacultativo «Seminario Menéndez Pidal» de la Universidad Complutense de Madrid (desde 1981 hasta el presente), ese centro investigador sólo consiguió sobrevivir a lo largo de los años gracias al trabajo constante y generoso, en Madrid, de su Director, Rafael Lapesa, en las gestiones del día a día y en multitud de trámites administrativos, y al impulso de Diego Catalán, quien, en calidad de Director de Investigaciones, desde América y en sus escalonadas

estancias de investigación en España, trabajaba incansablemente para conseguir fondos, para la institucionalización progresiva del centro y para que no se detuvieran los diversos proyectos ni las publicaciones en marcha.

En el ánimo y en el empeño de Diego pesaba, por un lado, su estrecha vinculación con el proyecto de investigación familiar, el Archivo del Romancero, que juzgaba necesario conservar, catalogar y publicar; por otro, desde la muerte de Menéndez Pidal en 1968 ese deseo se veía reforzado por una manda testamentaria de don Ramón que le dejaba sus trabajos

«en preparación y estudio, sobre los que viene trabajando el Seminario Menéndez Pidal, para que ponga todo su interés y voluntad en continuarlos y completarlos para que puedan ser publicados»⁵.

Diego fue consciente desde muy pronto de que no podía depender solamente de él la inmensa tarea de «terminar» o «editar» la obra inconclusa de su abuelo «sobre todo si el editor, como es mi caso, no se resigna a perder su libertad de investigador autónomo», según le confesaba a Lapesa en 1970⁶. Y ya desde entonces empezó a trabajar por

«lograr establecer una estructura que haga posible convertir en letra impresa, perdurable, los “documentos” y trabajos más importantes de la “herencia intelectual” de R[amón] M[enéndez] P[idal] en un plazo relativamente breve y con el debido rigor filológico. Aparte de la “voluntad” de RMP (expresada en su testamento) y de mi “amor” a su obra, me obliga a realizar la empresa el valor objetivo de los documentos (basta pensar en el Romancero) y el temor a que cualquier circunstancia haga posible su irreparable pérdida»⁷.

El Archivo del Romancero, que comenzó a constituir Menéndez Pidal junto a su mujer, María Goyri, depositado en la antigua casa fa-

⁵ *Archivo del Romancero*, págs. 387-388.

⁶ *Archivo del Romancero*, pág. 425.

⁷ *Archivo del Romancero*, pág. 425.

miliar del Olivar de Chamartín y que Diego recibió como legado de su abuelo en 1968, es hoy el fondo universal más completo de esa literatura de transmisión oral. Comprende tanto el romancero antiguo (documentado en los siglos xv-xvii) como el que se ha desarrollado como género autónomo en los últimos siglos y se documenta desde el siglo xix hasta el momento actual. En el Archivo se conservan versiones escritas recolectadas desde el siglo xix y versiones sonoras recogidas a finales del siglo xx, procedentes de todas las áreas romances hispánicas (gallego y portugués, castellano, catalán, judeo-español) y recolectados por miembros de la familia Menéndez Pidal / Goyri / Catalán y por multitud de colaboradores externos e internos, que han donado copias al Archivo a lo largo de más de un siglo de historia.

Durante cuarenta años, los que transcurren desde la muerte de Menéndez Pidal en 1968 hasta su propia muerte en 2008, Diego Catalán luchó para que esa «estructura» –articulada en torno al organismo Seminario Menéndez Pidal (en sus sucesivas fases administrativas) y a la Fundación Menéndez Pidal (creada en 1983 como depositaria de la Biblioteca de Ramón Menéndez Pidal y de su herencia intelectual)– asegurara la preservación integral del legado recibido y su divulgación en forma impresa, objetivos que desgraciadamente sólo pudo ver parcialmente cumplidos antes de desaparecer. Sus esfuerzos no obtuvieron la recompensa de ver la institucionalización de los Archivos ni de la Biblioteca de Menéndez Pidal en un centro de investigación de carácter estatal o mixto que tuviera su sede en la casa del Olivar de Chamartín, milagrosamente salvada de la especulación urbanística y desde 1984 propiedad de la Fundación Ramón Areces. Pero lo conseguido gracias a su iniciativa y trabajo personal en el terreno de los resultados científicos es, sencillamente, asombroso, y ello en varias facetas de su actividad.

En primer lugar, como editor de las obras de su abuelo. Aunque Diego juzgaba con razón que no era tarea humanamente accesible a

una persona sola la de «terminar» las obras en preparación de Menéndez Pidal, lo cierto es que dedicó, desde que era jovencísimo, gran parte de su tiempo personal a la labor editorial de los textos de su propio abuelo, en una muestra de generosidad de la que sólo hallo parangón en Rafael Lapesa, editor y co-autor de la *Crestomatía del español medieval* (1965-66) y redactor del *Glosario del primitivo léxico iberorrománico* (2003) proyectados por Menéndez Pidal. Gracias a esa tarea, detectable en la actividad investigadora de Diego ya en 1949 y que se prolongó hasta 2005, contamos con la cuidada edición de muchos textos de Menéndez Pidal: la tercera edición ampliada de la *Leyenda de los Infantes de Lara* (1971), la segunda edición de *Reliquias de la poesía épica española. Acompañadas de Epopeya y Romancero I* (1980), la reedición de *Los españoles en la historia*, a la que añadió un prólogo memorable (1982), y la primera de dos libros inconclusos: *La épica medieval española. Desde sus orígenes hasta su disolución en el romancero* (en colaboración con María del Mar de Bustos) (1992) y la *Historia de la lengua española* (2005). En muchas de estas obras tuvo que, en calidad de crítico textual, actualizar lo recibido o comparar varias versiones y construir un texto que se ajustase a la voluntad última del autor, labor de dificultad imponderable en muchos casos. Me consta que empleó también esa esmerada y generosa labor editorial en una miscelánea de *Estudios sobre literatura española aljamiado-morisca* (2004) de su fallecido primo, amigo y co-autor de investigaciones juveniles Álvaro Galmés de Fuentes. Aparte de este trabajo editorial «creativo», Diego también supervisó y revisó la reedición de colecciones misceláneas de Menéndez Pidal: *Estudios sobre el romancero* (1973), *Textos medievales españoles. Ediciones críticas y estudios* (1976) y la *Antología de prosistas castellanos* (1992).

En segundo lugar, como recolector de romances, a título individual (1946-50), y como director de campañas de encuesta (1957-60, 1977-85), Diego Catalán contribuyó de forma decisiva a incrementar el Archivo del Romancero «Menéndez Pidal / Goyri» con millares de versiones

recogidas en su época juvenil junto a Álvaro Galmés y en campañas de encuesta organizadas junto al equipo de investigación que articuló en torno a profesores españoles, Jesús Antonio Cid, Flor Salazar y Ana Valenciano, y norteamericanos, entre los que destacan Suzanne Petersen, Beatriz Mariscal, Aurelio González y Teresa Catarella. En algunas de las encuestas de esos años también participaron otros profesores y estudiantes españoles y extranjeros, de los que muchos luego presentaron sus tesis doctorales bajo su dirección, editaron colecciones de romances y se formaron en ese campo del saber: en diversas épocas han sido parte de esta escuela creada por Catalán (por orden alfabético) Vanda Anastácio, Koldo Biguri, Raquel Calvo, Luis Casado, Mariano de la Campa, Michelle Débax, José Joaquim Dias Marques, Pere Ferré, Bárbara Fernández, José Luis Forneiro, Regino García-Badell, Jon Juaristi, Kathleen Lamb, Francisco Mendoza, Robert Nelson, Margarita Pazmany, Ana Pelegrín, Etienne Phipps, Joanne B. Purcell, Salvador Rebés, Sandra Robertson, Francisco Romero, Maximiano Trapero, Joseph Snow, Ana Vian, Jane Yokoyama y varios otros. Lo recolectado en los años setenta y ochenta fue grabado por entonces en cinta magnética y denominado Archivo Sonoro del Romancero (ASOR). Años después, Diego lo rebautizó con el nombre de Archivo Sonoro del Romancero «Débora Catalán», en recuerdo de su hija, trágicamente fallecida en enero de 2002, la única de sus hijos que se interesó por temas romancísticos y colaboró con su padre. Los más de 18.000 documentos sonoros, junto a los más de 25.000 documentos de versiones recogidas en forma escrita (muchas de las cuales se incorporaron al Archivo en época «catalanina»), revelan claramente que el Archivo del Romancero duplicó, al menos, la documentación recibida en 1968.

En tercer lugar, como editor de los materiales del «Archivo del Romancero». Todavía en vida de Menéndez Pidal, en 1948-49, 1950-51, 1961-62, Diego participó en la reelaboración de los estudios sobre romances de tema histórico de Menéndez Pidal (los ciclos del rey Rodrigo, Bernardo

del Carpio, Infantes de Lara y Condes de Castilla), y de ese trabajo resultó la publicación de los dos primeros tomos de la colección «Romancero Tradicional de las Lenguas Hispánicas», I, 1957, *Romanceros del Rey Rodrigo y de Bernardo del Carpio*, y II, 1963, *Romanceros de los Condes de Castilla y de los Infantes de Lara*. La colección se enriqueció tras la muerte de Pidal con la publicación de otros diez volúmenes, entre 1969 y 1985, que, como los primeros, son producto del empuje o del trabajo colectivo de Diego con diversos miembros de los equipos de investigación que formó. Gracias a esta serie se dio a conocer una parte, si bien pequeña, de los riquísimos materiales del Archivo del Romancero en un conjunto de temas: romances de tema odiseico, *Gerineldo*, romancero rústico, *La dama y el pastor*, y *La muerte ocultada*. En 1969, la publicación del romancero de las Islas Canarias compilado por Diego Catalán, *La Flor de la Marañuela*, anticipó otra forma de publicar los riquísimos materiales antiguos y modernos del Archivo que años más tarde se revelaría fecunda, los romanceros regionales –si bien conviene precisar que el formato vino impuesto exclusivamente por las vías seguidas para obtener financiación de diversas instituciones locales (la co-edición con autonomías, diputaciones o cabildos)–. La incansable iniciativa de Catalán impulsó, así, que se elaboraran y publicaran colecciones y antologías de romances judeo-españoles (entre 1977 y 1981), de Castilla-León (1982), Asturias (1986, 1997, 1999, 2004), León (1991), Segovia (1994), Extremadura (1995) y Galicia (1998) y, además, del romancero vulgar (1999). En el último año y medio previo a su muerte, Diego había iniciado un nuevo proyecto de publicación del romancero en internet: el *Romancero de la Cuesta del Zarzal*⁸, nombre antiguo de la calle en que se ubica la casa que fue de Menéndez Pidal en el Olivar de Chamartín (Cuesta del Zarzal, 23, hoy en día Menéndez Pidal, 5), proyecto con el que persistía en su propósito de divulgar los fondos de Archivo como parte del patrimonio literario universal:

⁸ En <http://cuestadelzarzal.blogia.com>

«Mi interés continuado por el arte poética del romancero oral me lleva a ofrecer a un público general lo mejor de ese Romancero, emulando a los editores del siglo xvi. Mi propósito es mostrar que la labor de reelaboración y pulimiento, durante cuatro siglos y medio, realizada por los cientos (posiblemente miles) de transmisores de ese caudal poético que enlazan el Romancero del siglo xvi con el Romancero del siglo xx, ha creado un sinfín de poemas que cualitativamente no sólo compiten con el antiguo Romancero, sino que muy a menudo le añaden quilates, ya que responden a un arte poética que sorprende y deleita a los mejores paladares críticos»

(dice en el primero de los romances «colgados» de la web, 12 de octubre de 2006). Cada uno de los temas editados se acompaña de un ajustado comentario que permite entender y apreciar el poema. El último de los 65 temas editados y comentados subió a la red poco antes —el 23 de noviembre de 2007— de la desafortunada caída que le impediría trabajar con el ritmo habitual desde mediados de diciembre de 2007 en adelante y que terminaría por preludiar su fallecimiento, el 9 de abril de 2008.

En cuarto lugar, Diego Catalán apoyó o puso en marcha diversas publicaciones destinadas a la catalogación de los fondos del Archivo del Romancero: por una parte, el catálogo del romancero sefardí (1978), elaborado por su gran amigo Samuel G. Armistead, profesor de la Universidad de California-Davis, con el que inició la serie de publicaciones dedicadas al romancero judeo-español, tarea en que no debe olvidarse mencionar la colaboración de Joseph H. Silverman; por otra, el catálogo de los romances de tema nacional (1998). Además, junto a su equipo romancístico, creó el *Índice General Ejemplificado del Romancero* (IGER) (1981-88), catálogo inédito de los 1369 temas básicos documentados en cualquier rama de la tradición pan-hispánica y que ha servido (y sirve) de referencia para todos los especialistas en el tema.

El libro *El Archivo del Romancero, Patrimonio de la Humanidad —Historia documentada de un siglo de historia—* (2001), que dedicó a su madre «en recuerdo de su tenaz lucha contra la ausencia de memoria histórica»,

fue concebido por Diego Catalán como la forma de presentar ordenada y documentada la larga, difícil y trabajosa historia de ese proyecto, que las varias autoridades e instituciones españolas no conseguían entender plenamente, dada su extraordinaria singularidad, con el fin de que fuese valorado en su justa medida. El reiterado fracaso en su deseo de institucionalizar los fondos de acuerdo a lo que él juzgaba que merecían, ya preñado de amargura cuando se cierra la redacción del libro en 2001, siete años antes de su muerte, es el triste corolario de un proyecto de investigación vivo para tres generaciones de una familia y plenamente activo hoy día para todos aquellos que formaron parte de la escuela formada por Diego (y no por su abuelo) en el dominio romancístico.

Considerado con la perspectiva de cuarenta años de trabajo constante (de 1968 a 2008), bien puede juzgarse que Diego, a pesar de que no consiguió en vida que las diversas autoridades académicas, culturales y políticas del país reconocieran institucionalmente el valor universal del proyecto de investigación familiar que le tocó continuar, sin embargo, en lo que estuvo en su mano como investigador, cumplió con creces la misión encomendada por su abuelo en su testamento de divulgar, convenientemente elaborados, los materiales inéditos y los trabajos en preparación que por él le fueron legados. Pero lo más notable es que lo heredado no fue mantenido en formol, como viejo cuerpo momificado de una época ya periclitada, sino que fue integrado como punto de partida de nuevos proyectos impulsados por Diego Catalán, que, sin romper con el pasado, lograron obtener para los datos (antiguos y nuevos) y para el campo de investigación perspectivas teóricas completamente nuevas y mantener la total vigencia de su interés.

Es por ello que creo conveniente separar en este inmenso trabajo lo que le vino en cierta forma impuesto como «obligación» moral por su origen familiar (la edición de los trabajos pendientes de Menéndez Pidal, la divulgación elaborada del romancero entonces existente en el Archivo, la catalogación y preservación integral de los fondos) de todo

lo demás, que en realidad fue producto de su evolución como investigador independiente y, en muchas ocasiones, altamente crítico con los planteamientos pidalinos.

A este propósito Diego Catalán contribuyó a generalizar y desarrollar la concepción del romancero tradicional moderno como un género literario autónomo, con su propia poética y valor literario. Influido por los trabajos de Paul Bénichou y de Giuseppe Di Stefano, colegas respetados y amigos queridos, Catalán se distanció de la concepción arqueológica heredada de su abuelo que veía el interés fundamental del romancero en ser poesía transmitida de tiempos pasados y que, como tal, interesaba fundamentalmente por ser testimonio actual de antiguos hechos históricos o literarios (véanse los trabajos reunidos en *Por campos del romancero*, 1970, y en *Arte poética del romancero oral*, 1997-1998). Así definió la poética del género como una estructura tradicional abierta, frente a otras modalidades de literatura de transmisión oral, y desarrolló en colaboración con su equipo romancístico un modelo dinámico de análisis de cada romance, estructurado en torno a tres niveles de penetración (fábula, intriga y discurso), que se teoriza y pone en práctica en el *Catálogo general del romancero pan-hispánico* (1984-1988) aplicado a 80 temas del romancero histórico-nacional. Muchos de sus estudios sobre romances particulares demuestran, al tiempo, la historicidad de múltiples detalles y aspectos esenciales de la fábula de los romances tradicionales: el hecho de que el romancero sea una estructura tradicional abierta que se adapta en el curso de su transmisión al medio que la reproduce no implica, por otra parte, que no pueda conservar aspectos del núcleo semántico que la hizo nacer como objeto literario e histórico (a modo de ejemplo, véase *Siete siglos de romancero*, 1969 y su estudio prodigioso sobre el romance de *La muerte del príncipe don Juan*).

También en el terreno de la historia de la lengua y la dialectología, Diego Catalán realizó aportaciones de primer nivel en sus primeros veinticinco años como investigador. Se pueden organizar en torno a dos ejes:

por un lado, la historia de la lingüística íbero-románica; por otro, la fonética y fonología diacrónicas íbero-romances, con alguna incursión en el terreno del léxico y la toponimia. Desde el punto de vista teórico, fue el primero en incorporar el estructuralismo al análisis de datos dialectales y diacrónicos. De esta forma puso las últimas teorías fonológicas del momento al servicio de estudio de las lenguas íbero-romances. A él se debe un conjunto de estudios clásicos sobre el asturiano (hoy reunidos en el libro *Las lenguas circunvecinas del castellano*, 1989), que ayudaron a trazar mejor los límites lingüísticos que acotan las diversas áreas, occidental, central y oriental, como son los dedicados al límite de conservación de la *f*-, la metafonía, la diptongación en astur-leonés y, sobre todo, el dedicado al asturiano occidental. Su propuesta de división del asturiano occidental en cuatro zonas, a partir de los sistemas consonánticos, ha sido generalmente aceptada. No menos relevantes son sus estudios sobre el origen de la fonética moderna del español (reeditados en el libro *El español. Orígenes de su diversidad*, 1989). Aparte de proponer la división del español en dos grandes normas, la atlántica, que agrupa la Andalucía occidental, Canarias y América, y la peninsular, y de escribir, a raíz de su estancia en Universidad de La Laguna, el mejor panorama de conjunto sobre el español de las Islas Canarias, contribuyó al estudio del nacimiento de los sistemas fonológicos modernos (la pérdida del fonema /z/ y el origen del *çezzeo*) en lo que hoy son artículos «clásicos» de la historia de la lengua española. Pero igual o más importancia tiene el estudio sobre la estructura silábica del español, y que a día de hoy es el único artículo que trata de forma global y estructurada (y hasta el momento no superada en su reconstrucción de las fases geográficas y cronológicas del proceso) la relajación, debilitación y pérdida de consonantes en coda silábica en la mitad meridional de España (-s, -θ, -r, -l) a partir de datos del malogrado *Atlas lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*. En ese artículo se aborda también magistralmente el problema de la síncopa y la apócope desde un punto de vista estructuralista, en una

crítica aún vigente de los planteamientos de Rafael Lapesa. A Catalán debemos también la defensa científica y pública del *ALPI*, voz a la que solamente se unió la de su director, Tomás Navarro Tomás, en una época en que las circunstancias «aconsejaban» no pronunciarse a favor de un atlas cuya existencia inédita resultaba problemática para los dialectólogos establecidos entonces en el poder académico. Diego escribió también un libro esencial para la historia de la filología española del siglo pasado: *Lingüística ibero-románica* (1974), en el que se hace una valoración crítica de los estudios sobre todas las lenguas romances peninsulares hasta 1970 y que antes mereció ser publicado en inglés en el libro *Linguistic in Western Europe*, de la prestigiosa serie «Current Trends in Linguistics» (Mouton, 1972). Ya en época juvenil, en calidad de memoria de su cátedra, había escrito *La escuela filológica española y su concepción del lenguaje* (1955), como forma de situar en la historia de la lingüística las ideas y aportaciones producidas en la escuela de Menéndez Pidal.

En este conjunto de trabajos lingüísticos hay ciertas continuidades y ciertas rupturas. La continuidad viene marcada por el campo: la fonética histórica fue el principal objeto de argumentación de las reconstrucciones históricas de Menéndez Pidal y Diego no se desmarcó de esa línea, ya que, entre sus trabajos, apenas hay estudios monográficos de carácter morfo-sintáctico o léxico. La ruptura se señala en los métodos y teorías aplicadas: el estructuralismo y la necesidad de reconstruir sistemas fonológicos, y no simplemente cambios fonéticos. El deseo de incorporar el estructuralismo al análisis de la variación diacrónica y dialectal está presente en el homenaje a André Martinet *Estructuralismo e historia* (1957-1962), del que Diego fue el promotor y editor. También hay novedad en el cultivo de la historia de la lingüística española, en la que ejerció una exposición argumentada de ideas y críticas poco frecuentada hasta entonces (y aun hoy). Al igual que en el romancero, Diego fue impulsor de misceláneas de estudios como los *Trabajos sobre el dominio románico-leonés* (1957, 1960), en colaboración con Álvaro Galmés.

A partir de 1975 Diego cesó de cultivar la lingüística (y por cierto tiempo también la historiografía) para dedicarse, por más de un decenio, al romancero. La concesión de grandes proyectos de investigación en Estados Unidos y la fundación y dirección del CILAS de la Universidad de California, en vinculación con su actividad en el campo de los estudios romancísticos, creo que determinó su abandono, quizá en principio temporal, de la disciplina. Pero, a diferencia de la historiografía, que relanzó en cuanto los grandes proyectos se extinguieron a mediados de los años ochenta y Diego regresó a la universidad española, la lingüística fue definitivamente abandonada.

En realidad, creo que no es desacertado afirmar que la historiografía es el campo de investigación cultivado por Diego Catalán en que menos contó la herencia recibida de Menéndez Pidal y en el que sobresale el carácter pionero e innovador de su trabajo que, por lo general, se realizó en solitario –los equipos formados en ese terreno no son parangonables, en resultados, tamaño ni ligazón a los constituidos en el campo del romancero–. A diferencia de Pidal, que estudió las crónicas medievales de forma subordinada a su valor testimonial para el conocimiento de la poesía tradicional, Catalán les prestó atención por sí mismas, como textos dignos de ser investigados como construcciones literarias que responden al entorno socio-político y cultural del que surgen. El papel central que la historiografía ha alcanzado últimamente dentro de la historia de nuestra literatura medieval se debe, en gran medida, a sus trabajos. La cantidad y calidad de sus estudios sobre la historiografía medieval hispánica es tal que no es fácil compendiarlos. Se trata de un edificio construido sobre el ejercicio riguroso y meticuloso de la crítica textual, entonces apenas practicada en la Filología Hispánica. En general, toda su investigación parte del principio de no confundir texto con testimonio, principio que sus trabajos han contribuido a difundir de forma modélica –y no sólo aplicado a la historiografía: véase el artículo dedicado al *Libro de Buen Amor* (1970), en que abre insospechadas perspectivas sobre el texto a par-

tir del análisis de los testimonios—. Así pudo desenmarañar tradiciones textuales complejísimas que le permitieron demostrar qué y qué no pertenecía a ciertas obras ya conocidas, al tiempo que identificaba otras hasta entonces desconocidas. En su tesis y luego en *La tradición manuscrita en la 'Crónica de Alfonso XI'* (1974) pudo probar la existencia de dos versiones de la *Crónica de Alfonso XI*, la primera y una refundida, la *Gran crónica*, que editó (1977) en la colección «Fuentes cronísticas de la Historia de España» del Seminario Menéndez Pidal. En esa misma serie publicó la edición y el estudio de la *Crónica de Rasis* o al-Razi (1975), de la *Crónica de 1344* (1971), en colaboración con María Soledad de Andrés, y dos libros imprescindibles para entender la obra fundacional de toda la historiografía medieval hispánica, la *Estoria de España* de Alfonso X, y los textos de ella derivados en los siglos XIII, XIV y XV: *La Estoria de España de Alfonso X. Creación y evolución* (1992) (colección organizada de todos sus artículos previos sobre el tema) y *De la silva textual al taller historiográfico alfonsí* (1997). Gracias a estos dos volúmenes, hoy sabemos cómo se compuso la *Estoria de España*, cómo vivió en la tradición manuscrita, y cómo, ya en época de Sancho IV, comenzó a refundirse y transformarse al tiempo que se convirtió en la base de la *Crónica abreviada* de don Juan Manuel, de la *Crónica de 1344* de Pedro de Barcelos y de otras muchas composiciones historiográficas del siglo XV. Pero su contribución no ha sido menor en el campo de la historiografía medieval portuguesa ni en la del reino de Aragón. Su libro *De Alfonso X al conde de Barcelos* (1962), aparte de probar el carácter facticio del manuscrito empleado por Menéndez Pidal para su edición de la *Estoria de España*, es un estudio aún no superado sobre la cronística portuguesa a partir de la investigación de las fuentes empleadas en la composición de la *Crónica de 1344*. Y para la historiografía aragonesa, el monumental «*Rodericus*» *romanizado en los reinos de Aragón, Castilla y Navarra*, que terminó tras la jubilación (2005), transforma de forma radical el panorama crítico sobre textos como la *Estoria de los godos* y la *Crónica de San Juan de la Peña* en sus diversas versiones.

Parece imposible que tal cantidad de publicaciones de tan altísima calidad hayan podido ser acometidas por una sola persona, y que esa persona al mismo tiempo viviera a caballo de dos continentes y dirigiera simultáneamente dos centros de investigación. La vitalidad, la energía y la capacidad de trabajo de Diego nunca tuvieron límites y no disminuyeron en lo más mínimo hasta el final de su vida. Llenos de datos, de documentación que sustenta lo afirmado y nos conduce, paso a paso, tras los razonamientos del autor, en una estructura siempre cuidadosamente ordenada y rotulada, carentes de retórica hueca, atiborrados de notas sustanciosas con información suplementaria, adicionados con índices de consulta por varios criterios que él mismo componía manualmente, no son los estudios de Diego Catalán fáciles de leer para el lector que no esté presto a estudiar. El rigor y la densidad de la investigación exigen atención y disposición al trabajo, aparte del interés que se le presupone al estudioso.

Estos sólidos monumentos filológicos se componían a ratos, de forma discontinua, tanto en el tiempo como en el espacio, y en circunstancias que a cualquier otro le impedirían la más mínima concentración. Dejo aquí paso a las palabras que escribió Jesús Antonio Cid sobre Diego (con motivo de la concesión del premio «La zapita de oro» por la Universidad de Cantabria en 1995), que describen de forma inigualable tal como le veíamos trabajar:

«Don Diego trabaja y escribe en medio de agobios, de burocracias, de reuniones simultáneas con personas y sobre asuntos a cuál más heterogéneo, de tesis doctorales; y hasta de discusiones alargadas hasta el infinito sobre cine, sobre economía, política hidráulica o lo que sea, terciadas con el primero que llega y tiene a bien hacer cualquier comentario. A Diego Catalán no se le ha conocido nunca un despacho estable ni una simple mesa fija donde trabajar y dejar unos papeles para el día siguiente. Todas las mesas de la casa de Chamartín pueden ser en algún momento la mesa de don Diego, pero don Diego no tiene mesa propia. Su ciencia viaja en carteras, unas carteras inmensas, llenas de divisiones y carpetas, de donde salen libros, separatas, informes y folios. Los folios, a veces, con una sola y misma frase o un párrafo a medias, empezado en cuatro o cinco momentos y lugares distintos.

Y sin embargo, el manuscrito original del trabajo ya terminado, no se sabe cuándo y con una caligrafía perfecta de puro legible, podría ir a la imprenta sin necesidad de copia a máquina. No será así, porque luego vendrán correcciones de segundo o quinto grado que dejen irreconocible ese original. Los estudios de don Diego una vez impresos no se resienten de las interrupciones o ritmos distintos en su elaboración, ni reflejan en una sola oración lo que a los demás nos parecía un caos creativo de zurcido insoluble. Muy al contrario, parece que el resultado final se beneficia de ese proceso de elaboración a ráfagas, que los puntos de vista se enriquecen, y que hasta la precisión conceptual y el equilibrio estilístico son mayores que los que habría producido una escritura más sosegada».

La autoexigencia y la curiosidad infinita que preside toda la actividad de Diego explican que todo su trabajo estuviera sometido a una auto-crítica continua, con redacciones varias según pasaban los años, y que fuera capaz de renovar radicalmente tantos campos de investigación. Esa búsqueda de la verdad subyace al ejercicio crítico del trabajo ajeno pero, también y sobre todo, del propio. Fue en una reseña crítica, publicada en 1959-60, de los dos primeros volúmenes de la edición de la *Crónica de 1344* de Luís F. Lindley Cintra (1951-54, 1961), amigo y colega al que admiraba enormemente, como se gestó *De Alfonso X al conde de Barcelos* (1962), libro que supuso el punto de partida de una revolución copernicana para la historiografía medieval derivada de la *Estoria de España* de Alfonso X. En un ejercicio de autocrítica poco común, Diego mismo desmontó, veintitrés años después de presentarla, las conclusiones de su tesis sobre la *Gran crónica de Alfonso XI* (1951), texto que entonces había datado como anterior a la *Crónica*. La aparición de un nuevo manuscrito en los años sesenta, que estudió detenidamente, le condujo a demostrar, en su libro *La tradición manuscrita en la Crónica de Alfonso XI* (1974), que la relación era exactamente la inversa de lo por él antes supuesto. En 1977, en la reimpresión de la edición de Menéndez Pidal de la *Primera crónica general*, se anuncia en la portada que irá acompañada de un «Estudio actualizador de Diego Catalán». Ese trabajo inédito, que no se publicó entonces, sin embargo existía en 1983, cuando Diego lo puso a

nuestra disposición, sus alumnos historiográficos, como guía orientadora de nuestras tesinas y tesis: sólo vería la luz, radicalmente transformado, en 1997, veinte años después de ser anunciado, con el título de *De la silva textual al taller historiográfico alfonsí*. En 1991, la necesidad de escribir el capítulo sobre la épica para una frustrada *Historia de la literatura española* le condujo, «dada la dificultad de escribir con el corsé que suponía tal proyecto [...] [a] hacer primero, como borrador [...], un libro aparte». «Pero conforme fui acabando los siete capítulos del libro inicialmente proyectados, se me fue haciendo más y más evidente que la omisión de un capítulo referente a “El testimonio del Romancero sobre la Épica” era un defecto difícil de justificar, por mucha pereza que me diera el tener que tratar, uno a uno, los romances medievales [...] Y, subsecuentemente, en 1998 decidí retrasar su publicación para dotarle de ese capítulo»⁹. El libro, quizá el mejor escrito de todos los suyos, vio finalmente la luz en 2000, *La épica española. Nueva documentación y nueva evaluación*, y en él se reúnen, con resultados asombrosos, todos los conocimientos adquiridos a lo largo de más de cincuenta años de investigación sobre la transmisión de dos tipos de textos: la historiografía y la poesía tradicional oral. Lo que empezó en 1999 o quizá antes como un artículo que actualizase algunos aspectos de viejos trabajos sobre las versiones en romance del Toledano, a raíz de la aparición de la edición crítica del texto latino por Juan Fernández Valverde (1987), acabó por convertirse en el voluminoso «*Rodericus*» *romanizado* (2005). Este impenetrable deseo de alcanzar siempre el estado más avanzado y perfectible en la investigación de las cosas explica también que las diversas colecciones que recogieron sus artículos previos (en lingüística, historiografía o romancero) estén siempre revisadas por el autor, en la redacción y en muchos aspectos de contenido, con lo que, a menudo, se convierten

⁹ *Archivo del Romancero*, págs. 524-525 y nota 66.

en trabajos parcialmente nuevos: así sucede, por ejemplo, en *La Estoria de España. Creación y evolución* (1992). La existencia de investigaciones «latentes», en barbecho, que se estancaban o progresaban a lo largo de los años, en una tarea de renovación permanente, sacaba a la luz de repente estudios admirables, como el dedicado a las raíces históricas y la tipología en la tradición oral del romance de *La muerte del príncipe don Juan*, publicado en 1998, pero de cuya existencia yo había oído hablar desde principios de los años ochenta. En ese estado han debido quedar muchos trabajos, como la edición de la *Crónica de Alfonso XI* o una nueva edición de la *Estoria de España* (de la que venía hablando hace algunos años), y otros tantos materiales que necesitarían de alguien que los editase con el cuidado y la generosidad con que Diego editó los de su abuelo.

La capacidad de renovación ante las nuevas realidades hizo que Diego fuera también pionero en aplicar la informática al estudio de las humanidades, en concreto, al análisis y a la edición del romancero en los años setenta, en colaboración con Suzanne Petersen, o que decidiera aprender informática con setenta y cinco años. Esa visión de futuro también es perceptible en que algunos de sus libros y artículos fueron publicados antes en inglés («Ibero-romance», *Lingüística ibero-románica*) o en edición bilingüe (*Teoría general y metodología del romancero pan-hispánico / General Theory and Methodology of the Pan-Hispanic Ballad. General Descriptive Catalogue*). Y lo mismo puede decirse de los estudios interdisciplinarios, con que hoy quiere «renovarnos» el Espacio Europeo de Educación Superior. Poseedor de conocimientos profundos en diversas disciplinas, crítica textual y herramientas filológicas, crítica literaria, lingüística e historia, Diego Catalán supo combinarlas para levantar edificios con resistencia sísmica, tal es la multiplicidad y firmeza de sus cimientos. Cuando sus conocimientos se aplican de forma transversal a varias disciplinas, la perspectiva plural produce hallazgos deslumbrantes y suele haber un denominador común: la Historia. Diego fue, ante todo, un historiador de textos, que supo descifrar magistralmente con las herramientas de la

Filología (la lingüística, la crítica literaria y textual) y de la Historia, y que, al tiempo, supo extraer de ellos su valor como testimonios (de mentalidades, situaciones, hechos o individuos) históricos. En el prólogo de su último libro, *La enigmática carta del embajador, 28 de mayo / 6 de junio de 1562*, aún inédito, como si intuyera que este podría ser su testamento intelectual, habla con franqueza inusitada de su trabajo y confiesa: «Me considero un Filólogo... con inclinación a la Historia»; «No soy un «Historiador», ni intento serlo, porque (y hablo ahora en términos generales) no creo en la existencia de realidades “objetivas”, reconstruibles a partir de lo documentado. Lo que “fue” no está constituido por “hechos” que sean, de por sí, significativos. El “significado” se lo dan los relatos en que los detalles documentados vienen a ser integrados. Y es preciso tener bien presente que todo relato es una narración, una ordenación creada por alguien y para algo. El caos de los hechos que se dieron en un determinado espacio temporal requiere la criba y la articulación de una mente interpretativa y expositiva para que cobre sentido»¹⁰.

Gracias a su mente interpretativa y expositiva de historiador, nos ha legado una obra inmensa, única por su originalidad y de valor incalculable para la historia de la lengua, la literatura y la cultura españolas, que por sí misma merece un puesto de honor equiparable al de sus maestros Ramón Menéndez Pidal y Rafael Lapesa.

EL DIEGO CATALÁN QUE YO CONOCÍ

En enero de 1982 se incorporó a las clases de «Historia del español», entonces del tercer curso de la Licenciatura de Filología Hispánica de la Universidad Autónoma de Madrid, el profesor cuya presencia tardía

¹⁰ 13 de febrero de 2008, <http://olivarchamartin.blogia.com/2008/021001-prologo-al-cancionero-en-cifra-de-perrenot.php>

nos habían anunciado a principio de curso. Con su estatura de dios heleno y su barba de Poseidón, el profesor que entró por la puerta poco tenía que ver en presencia física ni actitud con otros docentes: se sentaba encima de la mesa, sin ocultarse detrás de ella, sonreía continuamente mientras explicaba y, pese a su edad, pasados los cincuenta, nunca llevaba chaqueta o corbata. En gran parte calvo, de poblada y larga barba semi-gris en una cabeza que a tantos recuerda la de su abuelo, Diego era alto, altísimo para su generación, porte sin duda que heredó de su padre Miguel Catalán. Sus clases no eran siempre un prodigio de orden expositivo, pero sí un torrente de sabiduría en que de una cosa se pasaba a la otra de forma que, a veces, comentábamos divertidos cómo habíamos «salido» del *Libro de buen amor* y el carnaval para «llegar» a las virtudes del queso y del vino. Los métodos docentes que puso en práctica en aquella «Historia de la lengua», en la que nos exigió la lectura del imprescindible manual de Rafael Lapesa (pero que nunca glosó en clase), poco tenían que ver con la clase magistral al uso. Su experiencia docente en Estados Unidos quizá le había puesto al día en métodos de carácter más «interactivo» (utilizando la terminología hoy de moda) y las clases consistían más bien en seminarios y comentarios de textos, en el curso de los cuales nos sabía iluminar los viejos textos con perspectivas, para nosotros, radicalmente nuevas. En el curso siguiente, 1982-83, pudimos llegar a conocerlo mejor a través de una asignatura optativa, «Dialectología hispánica», en la que gran parte de lo que nos enseñó, como pude comprobar al leerlo años más tarde, procedía de sus propias investigaciones que, sin embargo, nunca nos mencionó como «libro de texto», «lectura obligatoria» o siquiera como simple referencia. El curso anterior, su primero como docente en la Autónoma, Diego había grabado una encuesta dialectológica con sus alumnos para comprobar el estado de las antiguas consonantes sonoras en Malpartida de Plasencia y Serradilla, así que nos propuso como trabajo de curso, a María del Mar de Bustos y a mí, compañeras

de clase, la transcripción de las grabaciones obtenidas y su análisis contrastivo con el libro de Aurelio Espinosa Jr. y los artículos de Máximo Torreblanca, quien ponía en cuestión la existencia de sonoras arcaizantes en Extremadura. Aquel trabajo, en que pudimos escuchar con total nitidez las famosas sonoras, fue, en mi caso, el punto de partida de un interés por la dialectología que aún hoy perdura.

Por aquel entonces María del Mar de Bustos y yo dudábamos a qué profesor plantear la dirección de nuestras futuras tesinas, y entre los preferidos, estaban los dedicados a la historia de la lengua, María Teresa Echenique y Diego Catalán. Diego nos ofreció la posibilidad de trabajar en historiografía medieval, algo que, en principio, nos asustó un poco, por ser un campo del que ignorábamos todo. Los seminarios sobre historiografía medieval que comenzó a enseñar generosa y gratuitamente Diego en la casa del Olivar de Chamartín, de forma adicional a las clases regulares, y la aparición en 1983 de dos manuscritos desconocidos de la *Estoria de España* en Salamanca, cuyo estudio nos propuso Diego inmediatamente como tema de tesina, acabaron por decidirnos por el camino historiográfico. Recuerdo perfectamente nuestro viaje con Diego a Salamanca cuando los manuscritos surgieron de las tinieblas, al que se unió Mariano de la Campa, alumno de un curso posterior al nuestro. Como era habitual en Diego, no paró de hablar durante el viaje de todo tipo de cuestiones, volviendo a veces peligrosamente la cabeza hacia atrás para no «darnos la espalda». Incluso creo recordar que cantó algún romance. Creo que esa experiencia de viajar con Diego en coche, que era a la vez apasionante y temeraria, la podrán compartir todos los que participaron en las muchas encuestas de romances que organizó.

Era invierno y en Salamanca hacía un frío que congelaba el aire. Pero a Diego no parecía afectarle. Como buen higienista, Diego dormía con la ventana abierta en pleno invierno y se duchaba con agua fría, circunstancias que, entre los que alguna vez compartieron habitación con él, se comentaban con admiración y sobrecogimiento. Nunca le vi abrigado

como el resto de los mortales. Iba siempre, de forma literal, a pecho descubierto, todo lo más con un simple jersey, sin bufanda, abrigos o similar. Esa actitud vital y esa fortaleza física fueron sin duda heredadas de su padre, al que Diego describe «enemigo del atuendo, los comportamientos y las ideas convencionales; apasionado por la Naturaleza e inclinado a la aventura azarosa» quien, muy joven, «se desembarazó de abrigo, bufanda y camiseta para siempre»¹¹. Con vitalidad parangonable, Diego se lanzó en su juventud a «aventuras» dialectológicas que exigían pasar caminando toda la noche y a hazañas del mismo tenor, que alguna vez evocaba¹².

Durante la redacción de la tesina y de la tesis, que en mi caso tuvo como arranque el estudio de uno de los manuscritos de Salamanca, esos alumnos «historiográficos» asistimos a varios seminarios y cursos de doctorado en la casa del Olivar de Chamartín. Allí nos enseñó Diego con paciencia ciertos rudimentos de paleografía que nos permitieron leer aquellos manuscritos medievales y puso a nuestra disposición todos los materiales necesarios (su «inédito de Chamartín», reproducciones de manuscritos, fuentes latinas, incluso alguna antigua transcripción que Navarro Tomás preparó para don Ramón) para que pudiéramos tener en la mano, sin esfuerzo alguno, toda la necesaria información documental y bibliográfica. También se ocupó de obtener una pequeña ayuda económica, solicitada a la Caja de Ahorros de Salamanca, propietaria de los códices, para que nuestra dedicación a la investigación tuviera cierta financiación durante aquel curso. Como un verdadero «taller historiográfico» varios alumnos llegamos a defender tesis sobre nuestras crónicas medievales y contribuimos modestamente a «descifrar» el complejo panorama de la tradición textual de la *Estoria de España*. Si

¹¹ DIEGO CATALÁN, «Miguel Catalán», *Boletín informativo de la Fundación Juan March*, 172 (Agosto-Septiembre, 1987), pág. 10.

¹² Que describe con todo lujo de detalles y anécdotas en *Archivo del Romancero*, págs. 262-266 y 276-296.

ello fue posible, se debe precisamente a la capacidad de Diego de organizar equipos de investigación en torno a un campo (téngase en cuenta que cada una de las tesis entonces planteadas suplementaba a las demás), método colaborativo y colectivo que había desarrollado con resultados modélicos en el terreno del romancero. Y esa capacidad radicaba no sólo en su sabiduría sino en su personalidad carismática, que le hacía centro de las reuniones y de las conversaciones –fuera en la casa del Olivar de Chamartín hablando de un tema erudito, fuera en la mesa de un restaurante conversando de política–. Diego «desordenaba el aire» allí donde estaba¹³. Aunque Catalán afirmó que «No reconozco a nadie como discípulo mío. No soy un cristiano de la Ciencia filológica. Como los beduinos, siembro de paso y levanto mi tienda» (prólogo a *La enigmática carta*, 2008), lo cierto es que supo enseñar mucho y a muchos.

En el curso 1987-88, durante la última y más larga de las estancias de Diego en la Universidad de California-San Diego (que desde 1982 y hasta entonces se prolongaron cada año por un cuatrimestre), fui contratada como profesora asociada para suplir sus clases y, a su regreso, pude mantenerme vinculada al departamento de Filología Española el curso siguiente. Desde esa época y hasta su jubilación, en 1998, Diego compartió su despacho conmigo, sin que jamás solicitase de mí «recados» al uso de los que acostumbraban a encargar los catedráticos. Creo que en diez años sólo sustituí una clase de una hora, que me sugirió que tratase sobre «La crítica textual». Nunca me pidió el favor de dar sus clases, cuidar o corregir sus exámenes, pasar una carta a máquina, hacer fotocopias o buscarle un libro en la biblioteca. Durante años pude observar cómo a menudo preparaba sus clases sobre un folio en el que trazaba el esquema de lo que aquel día se proponía enseñar. Llegaba al despacho

¹³ Expresión que tomo de las que María Teresa León dedicó a Miguel Catalán: «hablaba con arrebato, era campeón de skis [*sic*] y desordenaba el aire donde entraba», *El Nacional*, 27 de febrero de 1958.

acompañado de la cartera, siempre repleta de papeles y libros, que a veces también llevaba en las manos, traídos para la clase correspondiente y marcados con papelitos. Se sumergía (nos sumergíamos) en la preparación de las clases y salía corriendo, de forma un tanto espasmódica, hacia el aula, porque en su concentración no era consciente de la hora precisa y se le había hecho tarde. También recuerdo muy bien el día en que, tras la muerte de su madre, a la que estaba muy unido, apareció por la Facultad con los ojos completamente enrojecidos dispuesto a cumplir sus obligaciones docentes.

Tras su retiro en 1998, Diego limitó su actividad docente como profesor emérito a cursos de doctorado, que solía enseñar en la casa de Chamartín. A partir de entonces no nos vimos con la frecuencia antes acostumbrada, sino sólo las dos o tres veces al año en que recurría a consultarle cuestiones relativas a mi propia investigación o me acercaba al Olivar por algún motivo, siempre tras previa cita telefónica. De esa época data la relación con el que fue el último de sus alumnos, Enrique Jerez, al que dirigió la tesis sobre el *Chronicon Mundi* y con el que colaboró en «*Rodericus*» *romanizado*. Generoso con sus alumnos, igual que lo fue con sus maestros Menéndez Pidal y Lapesa (al que organizó dos homenajes, al jubilarse don Rafael en 1978, *Buscad sus pares, pocos*, y en 1998, con motivo de sus noventa años), siempre pude contar con su ayuda o su tiempo para escucharme sobre dudas, problemas y planes futuros. Con el rigor que caracterizaba todo su trabajo (y con el mismo esmero y generosidad con que corregía los textos ajenos que editó), conté con el privilegio de que corrigiera el borrador de mi tesis, en el que intervino en no pocos aspectos expositivos para mejorar el texto. Como me hizo saber en no pocas ocasiones, yo pertenecía a una generación en la que «ya no nos habían enseñado a escribir», apreciación que comparto en lo que se refiere a la pérdida de riqueza y precisión léxica, y quizá también de complejidad estilística y capacidad retórica, aunque creo que ese deterioro ha venido acompañado de la simultánea adquisición de una

mayor claridad y rapidez expositiva, en una aproximación al modelo anglosajón proporcional al distanciamiento del modelo francés, antes imperante en la educación.

En la dificultad que encuentra mi generación para complacer al paladar literario de Diego no debe olvidarse un hecho que, creo, nunca mencionó por escrito: Diego escribía literatura, poesía y narrativa, aunque rara vez hablaba de ello. Pero sí sé que la muerte de su hija Débora en 2002 pudo ser sobrellevada gracias a la literatura, a la que se dedicó en exclusividad durante algunos meses.

Diego escribía generalmente a pluma y poseía una hermosa letra caligráfica, con muy pocos rasgos de cursividad, que probablemente adquirió bajo la tutela de su madre, a cuya caligrafía se asemeja significativamente, y que en nada se parece a la cursiva de Menéndez Pidal o Lapesa. Esa letra, tan clara como si fuera de imprenta, hizo probablemente innecesario que Diego aprendiese a escribir a máquina y que los diversos mecanógrafos auxiliares con que contó a lo largo de su vida jamás tuvieran problemas de transcripción, salvo las erratas que ellos mismos cometiesen. Al final de su vida, cuando el correo electrónico e internet se estaban volviendo herramientas imprescindibles para la comunicación diaria y la gestión de cualquier problema, Diego decidió informatizarse. En 2005 tomó la resolución de romper la dependencia que había tenido hasta entonces de los transcriptoros expertos en las diversas máquinas de imprimir (máquinas manuales, eléctricas u ordenadores) y aprendió informática. Así fue como creó la web del Olivar de Chamartín y de la Fundación Menéndez Pidal¹⁴, y desde finales de 2006, la del *Romancero de la Cuesta del Zarzal*¹⁵. Internet le parecía una herramienta prodigiosa que hacía posible la existencia de una cultura

¹⁴ En <http://olivarchamartin.blogia.com/>

¹⁵ En <http://cuestadelzarzal.blogia.com/>

libre de las trabas impuestas a los productos culturales en tanto que bienes comerciales y mercantilizables.

Diego siempre fue muy celoso de la intimidad de su vida familiar. Casado en 1954 con Alicia Gutiérrez del Arroyo (fallecida en diciembre de 1981), tuvo con ella siete hijos —Irene, Javier, María, Elena, Sara, Débora y Mara—, que le acompañaron en su peregrinar de universidades extranjeras y españolas. A partir de 1985 inició una relación con Cruz Montero Garrido, antigua alumna asistente a los seminarios históricos de los años ochenta, con la que se casó más tarde y que lo acompañó hasta la muerte. Muy pocas veces hacía partícipe Diego a sus alumnos o colegas de sus planes o problemas personales, salvo alusiones circunstanciales. Esa buscada reserva explica que muchos no tuviéramos noticia alguna del grave diagnóstico de su enfermedad cardíaca, emitido ya en 1987, que mantuvo oculto y del que no sospechábamos aun sabiendo de los dos *by-pass* a los que había sido sometido en 1996. No había por qué preocuparse porque su vitalidad no pareció agotarse nunca. En 2002, a raíz de la muerte de su hija Débora, Diego abandonó Madrid para instalarse en un pueblo de Segovia. Caminaba a diario varios kilómetros, muchas veces monte arriba, y lucía un aspecto moreno, fuerte y delgado, que parecía salvaguardarle de enfermedad alguna. Es más, en esos años tras la jubilación en 1998, Diego pudo dedicarse en cuerpo y alma a trabajos de envergadura colosal y que resulta difícil imaginar que hayan sido escritos por una persona en la década de sus setenta años. Fue precisamente entonces cuando terminó o escribió algunos de sus libros fundamentales como *La épica española* (2000), *El Archivo del Romancero* (2001), «*Rodericus*» *romanizado* (2005) y el libro en prensa *La enigmática carta del embajador* (2008), volúmenes cualquiera de ellos que, aun aisladamente, nos requerirían a muchos una vida entera de dedicación.

Faltaría a la verdad si no dijera que Diego también fue radicalmente independiente e indócil a los lazos de co-dependencia que suelen derivar de las relaciones humanas. Salvaguardando su autonomía (y su tiempo),

impasible ante las tentaciones de la vanidad, rehuyó a toda conciencia honores y homenajes, y se negaba casi sistemáticamente a aceptar el goteo incesante de ofertas que recibía para dar conferencias, cursos o participar en congresos, en España y en el extranjero. Después de su jubilación en 1998, esa inclinación se acentuó. Algún antiguo amigo o colega contaba a veces con la fortuna de su colaboración, por lo general, virtual, como cuando aceptó ingresar en la Academia Canaria de la Lengua en 2006 en muestra de su amor por aquella tierra: «Tengo juramento hecho sobre libro misal (como dice el Romancero para significar lo sagrado de un compromiso) de no aceptar, en mi senectud, honor ninguno, ni en foro público hablar» —dice en su discurso de ingreso—, aunque «mi conciencia me ha absuelto de la ruptura de ese sagrado juramento en vista de mi especialísima vinculación sentimental con Canarias»¹⁶. Que yo sepa, el último acto que contó con su presencia pública fue el Homenaje que en abril de 2007 se le rindió a Tomás Navarro Tomás en el Consejo de Investigaciones Científicas. Salvo esas apariciones excepcionales y debidas a motivos muy señalados, como el Congreso-Homenaje a Rafael Lapesa (celebrado en junio de 2008), en el que había aceptado pronunciar la conferencia inaugural antes de que la muerte se le cruzara por el camino, Diego, según me escribió, «trata de vivir, si le dejan, en su particular mundo, aislado en medio de la Naturaleza y tratándose con sus viejos amigos de siglos remotos» (carta de 2 de agosto de 2007). Entre ellos hay que mencionar a José Jesús de Bustos, apoyo siempre leal en la Fundación Menéndez Pidal, y a Luis Suárez Ávila, con quien tuvo intenso trato en los últimos años y que le proporcionó información que le interesaba especialmente sobre los romances de los gitanos y sobre Manrique de Lara. Sabedor de su grave enfermedad cardíaca desde 1996, que ocultó a todos celosamente, Diego debía de pensar que el tiempo era limitado

¹⁶ *Tomando tierra en la Romania Nova*, Islas Canarias [Tenerife] (Academia Canaria de la Lengua), 2006, pág. 5.

y que había que dedicarlo a misiones importantes (o que en verdad le apetecieran a uno). Como me dijo por aquel entonces —finales de los años noventa—, estaba empezando a juzgar que las «cosas» estaban antes que las «personas», en frase de su abuelo que, según me confió, de joven le había impresionado negativamente y que ahora empezaba a comprender en su dimensión verdadera. Esa reflexión de Menéndez Pidal figura también recogida en *El Archivo del Romancero*, a partir de notas autógrafas, por lo que el interés de Diego por ella debe corresponder a los años inmediatamente anteriores: «Anteponer la consideración de las cosas, y atender a las personas sólo en cuanto sirvan para llevar adelante las cosas. Y esto, empezando por uno mismo»¹⁷.

Lo cierto es que, en los últimos años de su vida, y en especial desde 1999, quizá debido a su sensibilizada percepción del entorno a raíz de su enfermedad, un conjunto de tristes circunstancias ennegreció su visión del mundo y de las personas y contribuyó a ahondar su habitual reserva, ahora teñida de desconfianza, de forma que dejó de creer en el modelo de investigación en equipo que había potenciado durante cuarenta años. La inesperada muerte de su hija Débora (2002) y la de su primo y fiel amigo Álvaro Galmés (2003), sumadas a los problemas entre la Fundación Areces —propietaria de la casa del Olivar de Chamartín y soporte financiero hasta entonces de muchas de las investigaciones— y la Fundación Menéndez Pidal (comenzados en 2004, pero agravados en 2007), le originaron consternación infinita. Incluso así, en su espíritu se imponía, como siempre, el afán de luchar hasta el fin por aquello en lo que creía. En diciembre de 2007, pocos días antes de lo que sería el comienzo del fin, me escribió un correo electrónico en el que anunciaba con optimismo:

¹⁷ Nota autógrafa de Menéndez Pidal reproducida en el *Archivo del romancero*, pág. 368, nota 109.

«¿Cómo enfrentas el tránsito de año? Aunque echando muchos días maldiciones, sigo animoso redondeando los planes que permitan hacer de 2008 año “celebrativo” del reconocimiento de los “Archivos reunidos Menéndez Pidal”, la “Casa Menéndez Pidal” y el “Olivar de Chamartín” como Patrimonio universal y hacerlo combinándolo con la “eclosión” de obras de interés largamente “debidas”. Es mucho, pero soñemos, alma, soñemos... Saludos a todos. Diego» (9 de diciembre de 2007).

Por desgracia, su caída de diciembre, que lo inmovilizó en cama, y la rápida evolución de su dolencia impidieron, una vez más, que el sueño se hiciese realidad. Por justicia poética y por justicia histórica, soñemos con él, soñemos...